

# LA VENGANZA DEL TIGRE AZUL

EDUARDO GONZÁLEZ

ILUSTRACIONES DE EDICIÓN VILLAR

loqueleg

*A Pili, que conoce la verdad que dicen las grullas.*

# REENCUENTRO

*“En un sueño vi tigres de un azul que no había visto nunca y para el cual no hallo la palabra justa”.*

JORGE LUIS BORGES: “Tigres azules”



## La nada

Flotaba. No tenía cuerpo. Tampoco recuerdos ni sensaciones. Sí recordaba haber sido alguien alguna vez, alguien en un cuerpo que ahora no percibía.

¿Respiraba? Tal vez; porque también tenía la vaga noción de haber respirado y no terminaba de darse cuenta de si ahora lo hacía.

¿Estaba sordo? Porque había oído: risas, el ruido del mar alejándose mientras se quedaba dormido sobre la arena, la tribuna estallando cuando él metía la pelota en el aro. No, no estaba sordo. Podía escuchar un sonido. Solitario. Insondable. Un *pip* o algo parecido.

Por momentos las palabras se borraban de su mente y todo se tornaba oscuro, sin tiempo, y al rato recuperaba una sílaba o una palabra incompleta y con ese fragmento intentaba explicar qué le estaba sucediendo. Y eso lo desesperaba, porque sin palabras el mundo se le escurría silenciosamente.

Descubrió su piel. No fue por verla; porque todo estaba teñido por una neblina azul. Fue por el frío y el dolor.

*Pip.*

Una vez más ese sonido lo rescató de la nada. ¿Estaba en un aeropuerto?

*Pip. Pip. Pip.*

Giró la cabeza. Fue un movimiento reflejo. Sus ojos tropezaron con algo. No estaba solo. Se asustó y, al hacerlo, sintió miedo, recuperó el miedo, porque vino a su mente la imagen de su mochila tirada en medio de la calle. Gritos. Bocinazos. Una frenada. Un golpe. El dolor. La nada.

8 Estaba muerto. Esa inmovilidad no podía ser otra cosa que estar muerto.

Se asustó. No tanto porque estuviese muerto, sino porque no estaba solo. ¿Quién estaba tan cerca de él?

De pronto, una sílaba brotó de la nada y luego otra y, como las piezas de un mecanismo preciso, se unieron: “Mujer”, pensó. Se sintió feliz de recordar la palabra mujer y un montón de sensaciones se asociaron inmediatamente al signo: la tibieza de la piel, las caricias, la suavidad de los labios en sus labios, la respiración acelerada, el corazón latiendo, el pelo derramándose sobre las sábanas. Mujer. Un remolino de recuerdos felices y otros no tanto. Rostros crispados, peleas, ausencia. Entonces, si eso que estaba a su lado era una mujer, ¿quién era?, ¿cómo se llamaba? Porque las cosas en el mundo en que había vivido hasta entonces tenían nombre y si no tenían nombre no existían. Pero, de pronto, la memoria dejó de hacer pie y volvió a hundirse en el vacío, con esa sensación de estar ahogándose y no poder evitar que la nada se metiera en su garganta.

*Pip. Pip.*

Cuando regresó del abismo todo seguía igual. ¿Hacia dónde partía el avión? La mujer todavía estaba ahí. ¿Esperaba algún vuelo? Le pareció que le hablaba, o por lo menos movía los labios como si estuviera hablándole.

*Pip.*

Otra vez la ausencia. La nada.

Se hundió en un mar donde el azul absoluto borró la penumbra.

Emergió y, por un instante, pudo ver el cielo, también azul, con dos lunas.

9

Menguante y creciente.

Vida y muerte.

Amor y Odio.

A lo lejos, sobre la playa de arena de polvo de estrellas, un faro orientaba el camino de las almas desconcertadas.

Volvió a sumergirse.

A sentir la presión líquida en sus oídos.

Su piel se helaba cada vez más.

Tal vez la muerte tuviera distintas profundidades.

El mar se tornó denso y oscuro. Negro.



## La máscara

Un dolor intenso lo arrancó de la negrura. Flotaba. Había emergido de la zona abisal donde la muerte lo había rozado y podía reconocer su cuerpo. El dolor le daba forma. Algo estaba metido en su garganta. Un tubo. Los pies helados. Sed, labios resecos, saliva pastosa y un dolor bajo los párpados, como si sus ojos se hubieran secado y, al parpadear, un grano de arena le arañara la córnea.

11

Movió el brazo. Una aguja estaba clavada en su vena. Ardía. Un cañito transparente lo unía a un frasco que colgaba de un soporte. Un frasco que goteaba con tenacidad.

*Pip. Pip.*

Otra vez aquel ruido. Giró la cabeza, ahora voluntariamente, y vio un montón de aparatos que monitoreaban cada uno de sus latidos.

No estaba en un aeropuerto. Era un *cyborg*, con un cañño terrible que le trepanaba la garganta y los cables que lo conectaban a un aparato que reproducía el latido de su corazón. Ahora, de regreso del mar helado de la nada, recordó que estaba internado. ¿Cuánto tiempo se había escurrido en ese goteo monótono? Porque la medida del

tiempo, como las palabras, era imprescindible para comprender el mundo, y ahora el mundo, *su mundo*, era una isla. Una camilla. Como el único sobreviviente de un naufragio, su isla era la camilla en que su cuerpo volvía a recuperar existencia.

Una mujer, *otra* mujer, se dio cuenta de que él había despertado.

—¿Tenés sed? —preguntó.

Esta vez pudo comprender. Afirmó con la cabeza.

12

—Un poco de paciencia —continuó—, si todo sigue así, mañana o pasado te sacamos el respirador.

Valentín quiso preguntarle mil cosas, pero no podía hablar.

—Tranquilo, no hables, ya va a pasar todo, agradecele a Dios que estás vivo, casi te vas del otro lado; bah, fuiste y volviste. Te sacamos de un paro... Fue difícil, muy difícil... y bueno, así es la vida, se ve que todavía no era tu turno; ahora, tranquilito. Solamente decime con la cabeza si te duele algo.

Valentín afirmó, entonces ella buscó una jeringa, la cargó y la inyectó en el catéter que llevaba suero hasta sus venas. El ardor de la aguja se intensificó, como si quemara; pero enseguida sintió que el dolor empezaba a ceder. Y, a pesar de que su cuerpo volvía a desdibujarse con el alivio, agradeció que aquella mujer existiera y se durmió.

Los días pasaron, aunque para Valentín la dimensión del tiempo se había perdido desde el momento en que la anestesia lo durmió.